

federados es anticuado y de una simplicidad elemental. La lanza, de unos 5,5 metros de madera de fresno, ligeramente flexible, es el arma principal. Los lanceros se concentran en cuadros de más de mil hombres. Los combatientes con armas cortas, en especial la alabarda, se encuentran en el interior; durante el ataque se necesita solo la presión de sus cuerpos. Si el enemigo es desorientado por el ataque, salen del cuadro como temibles combatientes individuales.

El arco es desconocido, pero son numerosos los ballesteros y también se emplean armas de fuego portátiles. Ambos cuerpos practican el uso de sus armas en competiciones civiles, fomentadas por las autoridades, una tradición aún muy popular en la Suiza de hoy.

En las batallas de Grandson y Murten los combatientes helvéticos son más numerosos que sus adversarios, pero conviene tomar en consideración que el armamento y la táctica de combate imaginados por el Duque multiplican varias veces la efectividad de cada uno —por lo menos si nada viene a perturbar sus planes operativos.

La decisiva batalla de Murten es la única en la historia helvética en la cual la caballería desempeña un papel importante. Consiste en unos 1.500 jinetes, poco más que la mitad de sus adversarios. La caballería es un aporte de los aliados, es decir, del duque de Lorena, el obispo de Basilea, las ciudades libres de Basilea y de Estrasburgo, el conde de Gruyère y el duque de Austria. En realidad, se trata más de un ejército de aliados que de una fuerza puramente helvética. La soberbia y la obstinación del duque de Borgoña han impulsado a ciudades libres y grandes magnates nobiliarios a aliarse con la Antigua Confederación Helvética.

12. La batalla de Grandson

En enero de 1476, el duque de Borgoña atraviesa el Jura con su ejército y pone sitio a la villa de Grandson, en las orillas del lago de Neuchâtel, ocupado por una guarnición de Berna. Tras pocos días, ésta debe retirarse al castillo y, en los primeros combates, su comandante encuentra la muerte. Desmoralizada y sin noticias sobre un ejército de rescate, la tropa acepta la oferta de capitulación del Duque, que les promete con *su palabra de caballero* respetar sus vidas. Sin embargo, los 412 defensores son ahorcados en los nogales que hay alrededor del castillo o ahogados en el lago.

Esta noticia funesta llega, el 2 de marzo de 1476, al campamento helvético cerca de Neuchâtel, lugar de reunión de un ejército de, aproximadamente, 18.000 hombres. Cae como una bomba y despierta el furor de la tropa y de su oficialidad. Sin esperar a los contingentes de los aliados de Basilea y Estrasburgo, aún en camino, se decide avanzar sobre Grandson, que dista unos 25 kilómetros. En el camino, una tropa de reconocimiento borgoñesa se da a la fuga.

El mando helvético decide formar dos contingentes,



412 defensores de Grandson son ahorcados alrededor del castillo o ahogados en el lago de Neuchâtel

uno que atacará desde las orillas del lago y el otro, desde los viñedos y las colinas del Jura. La instalación y fortificación del campamento del Duque aún no están terminadas. Éste decide replegar ligeramente sus líneas de combate, que ha podido formar a duras penas, a un terreno más plano y más apropiado a su táctica, pero la maniobra falla o surge el desorden que pronto siembra el pánico. Todos, el Duque, los combatientes, el numeroso personal de servicio, señores y prostitutas, huyen para salvar la vida.

Sin caballería, los Confederados no pueden perseguir a los huidos. De cualquier forma sus intereses ya son otros, puesto que todo el campamento del poderoso Duque ha caído intacto, sin combates, en sus manos. Frente a semejantes riquezas, es más que improbable que los oficiales helvéticos hubieran conseguido reunir a sus hombres en formación de combate. Era la hora del botín, y de un botín nunca visto.

Todo el parque artillero —más que 400 cañones, sin contar las armas de fuego portátiles—, innumerables toneladas de pólvora y proyectiles, cientos de carros tirados por caballos pesados caen en manos de los Confederados y, naturalmente, también las lujosas tiendas del Duque y de sus altos oficiales con objetos de lujo desconocidos por los guerreros helvéticos. Se cuenta que comerciantes astutos compraron piedras preciosas al precio de vidrio y que se vendieron grandes cantidades de objetos en plata como estaño.

El increíble botín de Borgoña anima la fantasía de generaciones. Hoy, los objetos más notables se encuentran en los grandes museos de Lausanne, Berna, Zürich y Basilea pero armas y enseres muy diversos pueden hallarse también en pequeñas villas. Quien es invitado a una recepción por el alcalde de Liestal, hoy la capital del cantón de Baselland, saboreará vino de los viñedos de la villa servido en una coquilla de estaño, de unos 25 cm de diáme-